

LOS MISMOS JUEGOS

BERTHA VERA MAGAÑA

Es media noche y no puedo dormir, me levanto y camino a tuestas. Luces pálidas iluminan los gallineros. Cruzo las sombras de la jacaranda hasta llegar a la puerta de madera que rechina al abrirla. Despierto a Rogelio, quien se talla los ojos lagañosos y me mira con cara de asombro. Salimos hacia el segundo patio y nos sentamos bajo el limonero.

–Ya tenemos el permiso para el paseo a las albercas de Atzimba.

–Va a ser fabuloso y divertido –exclama emocionado.

–Sí –le contesto–; sin embargo, siento una tristeza extraña.

–¿Por qué?, deberías estar feliz.

–Pienso en lo bonito que sería que José Luis fuera con nosotros. Un día, cuando sea mayor, voy a descubrir una nueva medicina para curarlo. No me importa que los médicos le digan a mamá que él nunca se va a aliviar.

Rogelio me pregunta con voz tan baja que apenas lo oigo:

–¿Tú sabes cómo se llama su enfermedad?

–Sí, tiene síndrome de Down.

–¿Entonces por qué la gente dice que es “mongolito”?

Me quedo callada y busco la respuesta, pero me doy cuenta de que también yo lo ignoro.

–Te voy a platicar lo que más anhelo: que un día camine solito y no se arrastre, que se pueda sentar y no se doble. Y que

hable para conocer sus sueños y saber lo que siente. Lo que me causa más pena es que él no sabe avisar si quiere ir al baño ni entiende que la caca no se lleva a la boca...

Siento un frío raro, me levanto y lo único que puedo decir es:

–¡Pobre mamá! Cómo trabaja y nunca descansa; yo quiero estar con ella siempre.

Rogelio se vuelve a tallar los ojos, pequeñas gotas resbalan por sus mejillas blancas.

–No llores –le digo.

Nos ponemos a platicar de la vez que al bañarlo se me resbaló y cayó hasta el suelo; se le abrió la cabeza y la sangre corría por el baño sin parar. Lo más doloroso fue verlo en la camilla del hospital amarrado como un animalito para que no se quitara las vendas. Cuántas cosas le han pasado: el veneno que se tragó, la bola grande del estómago que le reventó y le salió muchísima pus. Nos preguntamos cómo resiste tantas cosas sin apenas quejarse. Lo único que hace es llorar muy quedito.

–Tú eres muy valiente –me consuela Rogelio.

–No sé si soy valiente o miedosa, lo único cierto es el cariño que le tengo.

Guardamos silencio, es hora de ir a dormir. En el cielo, la luna se esconde entre las nubes, tal vez tiene miedo de escuchar nuestros secretos.

El sábado mamá nos da su bendición. Partimos apretados en el viejo *jeep*. Las curvas son interminables, comienza el mareo. Respiro profundo y cierro los ojos, no aguanto más. Mi reputación como líder está por los suelos. Saco mi cabeza del *jeep* y de mi boca sale un vómito verdoso, como proyectil, un sudor frío empapa mi ropa; pálida y avergonzada me quedo dormida.

Al despertar, los huertos de guayabas con su olor delicioso me reaniman.

Al fin llegamos. Corremos hasta el manantial donde nace el agua cristalina y tibia que corre a las albercas. Nos dan la bienvenida Julián y su esposa que, envuelta en un rebozo, apenas deja ver su cara.

Es verano, los días son largos y perezosos. El fuerte sol colorea mis mejillas y acelera mis latidos. Estamos en la alberca que tiene una cascada; nos zambullimos y nadamos como renacuajos; gritamos y reímos hasta quedar exhaustos. Se hace tarde, sólo el hambre hace el milagro de sacarnos de la alberca.

De repente, el cielo se alborota y nubes ajenas y gordas anuncian lluvia. Julián nos tranquiliza, la tarde se ha robado la mañana. Margarita dice que tiene miedo y Sergio le dice a Julián:

–Cuéntanos la leyenda de la princesa Atzimba.

Julián se retuerce el bigote y se acomoda el paliacate, después de pensarlo dice:

–Esta noche se la contaré, ahora es momento de regresar a la casa grande.

Subimos la escalera de piedra, llegamos jadeantes y empapados; cenamos pan de pulque y un vaso de leche. Ya en mi cuarto, recuerdo que aquí las camas no saben guardar sueños; los ventanales dejan escapar historias y los baños se roban los recuerdos. Espero que no sea cierto.

Me llaman. Todos están con Julián, que enciende un cigarrillo y comienza:

–“Hace muchísimos años que en estas tierras vivían los indios purépechas, hombres valientes y grandes guerreros que nunca fueron vencidos por los aztecas. El emperador venía con su hija, la princesa Atzimba, a bañarse al manantial que reflejaba su belleza. Sucedió que una noche ella hizo una promesa a los dioses: nunca se casaría si el manantial permanecía por siempre. Una noche en que ella se bañaba, un guerrero la contempló y, extasiado por su belleza, se enamoró de ella. La princesa, para cumplir su promesa, se sumergió en las aguas cristalinas del

manantial y nunca más apareció.” ¡Todos a dormir! –ordena Julián.

En mi cama no puedo cerrar los ojos, alguien me jala, estoy a punto de desmayarme.

–No grites, soy Rogelio. ¿Estás lista para bajar al manantial?

Sopla un viento trémulo, escuchamos un canto lejano. Nos tomamos de la mano a la orilla del manantial. Estoy orgullosa y cansada; cierro mis ojos e imagino a la princesa Atzimba que nada en círculos mágicos con José Luis. ¡Dios mío, es increíble! Me está llamando por mi nombre, me reconoce con el corazón. Vamos a jugar los mismos juegos y a reír a la luz de la luna. Sin embargo, comprendo que él nunca será igual que otros niños porque es único y especial.

Ciudad Cuauhtémoc, Chih.